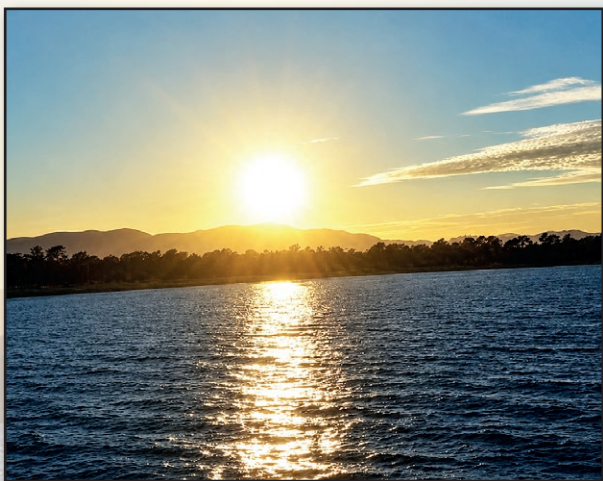


Unidos en la Esperanza, guiados por el Espíritu (cf. *Rom* 15, 13)



Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes,
diáconos, consagrados y laicos
de esta Iglesia Particular

✠ FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM
Arzobispo de Mérida-Badajoz



Unidos en la Esperanza, guiados por el Espíritu (cf. *Rom* 15, 13)

Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes,
diáconos, consagrados y laicos
de esta Iglesia Particular



✠ FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM
Arzobispo de Mérida-Badajoz

Maquetación e impresión:
ARTES GRÁFICAS MARCIPA
Tfno.: 652 747 402

Índice

1. INTRODUCCIÓN	7
1. Saludo y gratitud.....	7
2. Unidos en la esperanza, guiados por el Espíritu	9
II. REMA MAR ADENTRO	13
1. Un nuevo curso nos espera	13
2. "Manos a la obra", con la Palabra en el corazón y en nuestros labios	19
III. EL PLAN PASTORAL DIOCESANO	25
1. El Plan Pastoral Diocesano para este curso	27
2. Llamados a ser discípulos	31
3. Llamados a ser misioneros.....	35
3.1. Primer anuncio.....	37
3.1.1 La Catequesis	38
3.1.1.1 Catequesis de adultos	40
3.1.1.2 El catequista	41
3.1.1.3 La liturgia	42
3.1.1.4 Los sacramentos	44
3.2. El domingo	49
4. En camino con María	53
Abreviaturas	55

I. INTRODUCCIÓN

1. Saludo y gratitud

Queridos hermanos y hermanas, miembros y "piedras vivas" (1P 2, 4-5; cf. Ef 2, 19-22) de esta Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz, laicos, consagrados, diáconos y presbíteros: ¡El Señor os dé la paz!

Con mi saludo fraterno, a los de *lejos* y a los de *cerca* (cf. Ef 2 17), vaya también mi profunda gratitud por lo que sois y por lo que aportáis a esta amada Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz.

Gracias a cuantos colaboráis directamente en el trabajo pastoral de la Archidiócesis: catequistas, lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la Eucaristía, agentes de pastoral en los distintos ámbitos pastorales de nuestra diócesis; jóvenes, adultos y ancianos; y, por supuesto, a los presbíteros, diáconos y consagrados.

Gracias a cuantos, desde los hospitales o lechos de dolor, os unís a nuestro trabajo pastoral con el ofrecimiento de vuestro sufrimiento, "sacrificio agradable a Dios" (Rom 12, 1) y "olor fragante" (Fil 4, 18; cf. 1P 2,5).

Un saludo lleno de afecto a las hermanas contemplativas. Vuestro apoyo silencioso, oración perseverante, vuestra entrega cotidiana y la ofrenda de vuestros cuerpos como sacrificio vivo y santo (cf. Rom 12, 1) son pilares y "sostenidoras de los miembros débiles de la Iglesia" y os hacen

"cooperadoras de Dios"¹.

Gracias a todos por vuestra cercanía a mi ministerio de pastor que "por voluntad del Señor" me ha sido confiado (1Cor 1, 1). Por Cristo me siento servidor de todos vosotros (cf. 2Cor 4, 5). Gracias por vuestra oración, que suplico "besándoos los pies, humildemente y por amor de Dios y con la caridad que puedo"²; gracias por vuestro apoyo y por hacerme sentir en familia.

Por mi parte, a todos vosotros, "amados de Dios" (Rom 1, 7), os recuerdo constantemente en mi oración ante el Señor (cf. Rom 1, 9). Y por todos vosotros doy gracias: la fe y sabiduría de nuestros mayores, el entusiasmo de los jóvenes, la entrega de nuestros sacerdotes y diáconos, el testimonio de los consagrados y el compromiso de tantos laicos que con su ejemplo de vida cristiana anuncian el Evangelio.

Que el Señor, de quien procede "todo don perfecto" (Sant. 1, 17), nos ayude a caminar *unidos en la esperanza, guiados por el Espíritu* (cf. Rom 15, 13), para que nuestra Iglesia particular siga contagiando la alegría del Evangelio. Al Espíritu le pedimos también que la vida de todos los que la formamos tenga siempre el sabor de la *parresia evangélica*, para que en todos nosotros la Buena Nueva se viva, testimonie, anuncie y resplandezca como "Palabra de verdad"³.

¹ SANTA CLARA, *III Carta a Inés de Praga*, 8.

² SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Carta a toda la Orden* 12.

³ BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 6.

2. Unidos en la esperanza, guiados por el Espíritu

“Que el Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en la fe, para que reboiséis de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Rom 15, 13).

Este texto del gran evangelizador de los gentiles, Pablo, integra muy bien los tres elementos del título que he querido dar a esta carta pastoral: *Unidos en la esperanza, guiados por el Espíritu*.

Vivimos un tiempo que nos interpela profundamente. Contemplamos un mundo herido por la incertidumbre, el individualismo y la fragmentación, pero también descubrimos innumerables signos de bien, de entrega generosa y de búsqueda sincera de Dios. En medio de esta realidad, que bien podemos decir que es la que encontramos también en nuestra Archidiócesis, el Señor sigue caminando con su pueblo, con nosotros, en medio de nuestras comunidades, y continúa llamándonos a ser Iglesia, la iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, que vive y anuncia el Evangelio como fuente de esperanza.

El título escogido, *Unidos en la esperanza, guiados por el Espíritu*, quiere expresar una convicción profunda que ha de motivarnos a *caminar*: no caminamos solos. El Señor resucitado camina con nosotros y el Espíritu Santo sigue renovando a la Iglesia suscitando comunión entre todos los que la formamos: laicos, consagrados, diáconos y presbíteros.

La esperanza cristiana no es un simple optimismo humano. Nace del encuentro con Jesucristo vivo, que ha vencido al pecado y a la muerte. Como recordaba Benedicto XVI, "quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva"⁴. Y quien se deja guiar por el Espíritu actúa de otra manera: busca la comunión, busca proyectar juntos, busca trabajar juntos, se anima y sostiene con y a otros. El Espíritu nunca permitirá que se apague la esperanza.

La esperanza cristiana sostiene nuestras comunidades parroquiales, de vida consagrada y la misma fraternidad sacerdotal. Esta esperanza fortalece a las familias, anima a los jóvenes, consuela a los enfermos y mueve a toda la Iglesia a salir al encuentro de quienes esperan una palabra de vida. Pero, para ello, toda nuestra planificación pastoral, toda iniciativa evangelizadora y todo proyecto diocesano han de nacer de la comunión con Cristo, del discernimiento comunitario y de la docilidad al Espíritu Santo. Solo así nuestra misión evangelizadora será verdaderamente fecunda y dará frutos de santidad.

Queridos hermanos y hermanas: trabajemos juntos, unidos. La tarea de la evangelización a la que estamos llamados por el Señor, y a la que somos convocados por el Plan Pastoral Diocesano (PPD), no puede ser obra de francotiradores. En la tarea evangelizadora "se necesita una

⁴ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 2.

comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia adelante. ¡Qué hermoso es soñar juntos! Solos, se corre el riesgo de tener espejismos... Los sueños se construyen juntos"⁵. *Comunión, esperanza y misión* caminan juntos, van de la mano.

Nadie, como recuerda el mismo papa Francisco, puede afrontar los grandes desafíos que tenemos por delante, también en el campo de la evangelización, por sí solo. Estamos llamados a la solidaridad que se traduce en acciones comunes y corresponsables⁶. Estamos llamados a cultivar y favorecer la "cultura del encuentro" que, en palabras del mismo papa Francisco, significa que como pueblo intentamos puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos: laicos, consagrados, diáconos y presbíteros⁷.

⁵ FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 8.

⁶ Cf. Idem, 30-32.

⁷ Cf. Idem, *Fratelli tutti*, 215-217.



II. REMA MAR ADENTRO

(Lc 5, 4)

1. Un nuevo curso nos espera

Terminado el merecido descanso vacacional, en el que hemos gustado y sufrido el calor propio de nuestra tierra, nos disponemos a iniciar un nuevo curso (2026-27). Y si el curso pasado fue laborioso, éste no lo será menos. Y si aquel fue fructífero regalándonos el nuevo *Plan Pastoral Diocesano* para el trienio 2026-2029, éste tampoco lo será menos, con la gracia del Señor y la compañía de la Santísima Virgen, primera evangelizadora (cf. Lc 1, 19ss). A ella, tan querida y venerada por nuestro pueblo en muchas y diversas advocaciones a lo largo y ancho de la geografía pacense, de manera particular como Nuestra Señora de los Dolores, que veneramos en el Santuario diocesano de Chandavila, encomendamos los frutos de nuestra misión.

Un nuevo curso nos espera y con él nuevas oportunidades para hacer que nuestra Iglesia particular sea cada día más significativa, evangélicamente hablando, en esta tierra bendecida por el Señor de Extremadura. Seguro que el Dios de las oportunidades –porque nuestro Dios es eso, Dios de nuevas oportunidades– nos espera y nos ofrece su mano para caminar con nosotros.

Dejémosle entrar en nuestros corazones, pues, como recordó Benedicto XVI, "quien deja entrar a Cristo en su vida no pierde nada, absolutamente nada de lo que hace la vida

libre, bella y grande"⁸. Dejémosle caminar con nosotros. Él irá iluminando nuestros corazones para encontrarle sentido a cuanto forma parte de nuestra historia personal y a cuanto sucede en la historia de cada día (cf. Lc 24, 13ss). Acojamos este nuevo curso con la confianza y la alegría de seguirle.

Siento que al inicio de este nuevo curso el Señor nos repite una vez más: "No temáis, soy yo" (Mt 14, 27). Siento igualmente que el Señor nos está diciendo: "¿Por qué tenéis miedo? ¿Por qué no tenéis fe?" (Mc 4, 40). Que nuestra oración sea como la de Pedro: "Creo, Señor, pero aumenta mi pobre fe" (Mc 9, 24); o también: "aumentanos la fe" (Lc 17, 5). Y que nuestra reacción sea también como la suya: "En tu nombre echaré las redes" (Lc 5, 5).

El Señor, al inicio de este curso, nos invita de nuevo a seguir fiándonos de Él, a no dudar de Él. El mismo que nos llamó a seguirle en las distintas vocaciones en el Pueblo de Dios sigue caminando con nosotros, aunque parezca dormido. La fe en Él nos permitirá "abrir caminos en el sol", como dijo el poeta. Por su parte San Agustín nos advierte: "Tu barca es tu corazón; Jesús en la barca, la fe en el corazón. Si tienes presente tu fe, el corazón no te fluctúa; si a tu fe la dejas en el olvido, Cristo duerme. ¡Atención al naufragio! Pero no dejes de hacer lo que todavía te queda: si Él duerme, despiértalo. Dile: Levántate, Señor, que perecemos. Y si

⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía al inicio de su ministerio petrino* (24 de abril de 2005). Luego la repitió a los jóvenes en la *Jornada Mundial de la Juventud* en Colonia ese mismo año.

Él increpara a los vientos vendrá la calma a tu corazón"⁹. Así pues, como dijo San Francisco a sus hermanos poco antes de morir: "comencemos, hermanos, porque hasta ahora poco o nada hemos hecho"¹⁰.

"Hay un solo modo de vencer el miedo al comenzar siempre de nuevo, y es la fe. No la religión, sino la fe, porque la religión es hacer a Dios a nuestra medida, la fe, en cambio, es dejarse hacer por la medida de Dios", escribió David María Turolto. Dios nos puede parecer un *wadi* en el desierto, como le parecía a Jeremías en los momentos oscuros de su vida (cf. Jr 15, 18). Pero no, Dios, el Dios revelado por Jesús, no el Dios hecho a nuestra medida, es un Dios que camina con nosotros, que se interesa por nosotros y por nuestra misión, pero a su manera, no como nosotros deseáramos: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, mis caminos no son vuestros caminos" (Is 55, 8-9). Dios piensa y actúa con una sabiduría y amor que superan nuestros cálculos.

Al inicio de este nuevo curso, cuando estamos estrenando nuestro *PPD*, reavivemos nuestra fe en el Señor, para el que "nada hay imposible" (Lc 1, 37). Jesús, hoy como ayer a sus discípulos, nos invita también a nosotros, a *dejar* la orilla conocida y *lanzarnos* al lago, confiando en Él. Estás cansado, tienes miedo, tal vez frustrado, o tal vez pensando abandonar la barca a su suerte, pues en esa situación el

⁹ SAN AGUSTÍN, *Comentario al salmo* 34, 1,3.

¹⁰ SAN FRANCISCO DE ASÍS, *1ª Celano*, 103.

Señor te dice: "Pasemos a la otra orilla" (Mc 4, 35); y lo más bonito es que no dice "vete", sino "vamos". Él viene con nosotros. Estás desilusionado por los pocos resultados de tu trabajo apostólico, el Señor te dice como a Elías: "Levántate, come y echa a andar..." (1R 19, 7).

Pasemos a la otra orilla. Como San Pablo, también nosotros somos llamados a no quedar prisioneros del pasado, del "siempre se hizo así". Olvidando lo que queda atrás (cf. *Fil* 3, 13-14), lancémonos hacia lo que está por delante, con esperanza renovada, queriendo emprender un nuevo impulso evangelizador, confiando que el Señor sigue abriendo caminos para anunciar el Evangelio, también aquí y ahora: "Mirad que hago algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino en el desierto y ríos en la estepa" (*Is* 43, 19); y entonces "el desierto y el yermo se alegrarán, y la tierra árida se regocijará y se alegrará... y fructificará copiosamente" (*Is* 35, 1-2).

Miremos al futuro que nos regala el Señor con confianza, sabiendo que es el Señor quien abre caminos en medio de lo que parece puro desierto; sabiendo que el Señor es quien hará algo nuevo: "Mirad que hago algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?". Y la novedad que Isaías presentaba como promesa el Apocalipsis lo presenta como cumplimiento: "Mira, yo hago nuevas todas las cosas" (*Ap* 21, 5). Por tanto, no tengamos miedo. El Señor fortalece las manos débiles y nos dice: "no temáis" (*Is* 43, 19).

¡Sigamos esos caminos nuevos que está abriendo el Señor! Dios hace brotar vida nueva incluso en el desierto y su fuerza se manifiesta precisamente cuando experimentamos nuestra fragilidad: "Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta plenamente en las flaquezas... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2Cor 12, 9). Confiemos pues en el Dios de lo imposible, pues ese es nuestro Dios, el Dios de lo imposible. Para lo posible estamos nosotros, para eso el Señor nos dio inteligencia, corazón, manos y pies. *¡Manos a la obra!*



2. “Manos a la obra”, con la Palabra en el corazón y en nuestros labios

El pueblo de Israel está viviendo momentos muy difíciles. Acaba de volver del exilio y todo en Jerusalén “huele” a destrucción y ruinas, comenzando por el templo. La reconstrucción que inicia precisamente por el templo no es del gusto de todos. A muchos les parece pequeño y pobre en comparación con el de Salomón.

En ese contexto, en el que todo invitaba a la frustración y al desánimo, Dios anima al gobernador Zorobabel, al sumo sacerdote Josué y a todo el pueblo a trabajar con valentía porque Él está con ellos. “Manos a la obra”, les dice por medio del profeta Ageo (Ag 2, 4). La invitación del profeta es una invitación a perseverar en la reconstrucción, confiando en que la obra es de Dios y será Él quien la hará fecunda.

Por su parte, el Señor, a través de diversas parábolas, nos invita a la confianza. Así, en la parábola del grano de mostaza, sobre todo en la versión que nos ofrece Mateo, aparece muy claro el contraste entre lo pequeño de la semilla y lo enorme que llega a ser el arbusto (cf. Mt 13, 31-32; Mc 4, 30-32; Lc 13, 18-19; Ez 17, 22-24).

Al inicio de este nuevo curso siento profundamente que el Señor nos invita también a nosotros a poner “manos a la obra”, por pequeños que sean los resultados alcanzados en momentos de entrega generosa a la misión confiada por el Señor. Siento que el Señor dice a esta amada Iglesia de Mérida-Badajoz: “¡Manos

a la obra! No cedas a la tentación de darte por vencida".

Hermanos y hermanas, *amados en el Señor*, reaccionemos a la desmotivación que puedan causarnos los escasos resultados de nuestra labor evangelizadora. El Señor cuenta con nuestra disponibilidad para realizar en nosotros "su" plan pastoral para nuestra Iglesia; cuenta con nuestra firme voluntad de seguir caminando, "con andar apresurado y paso ligero, sin tropiezos en los pies", para "*pasar de lo bueno a lo mejor*"¹¹; cuenta con nuestra inteligencia, nuestro corazón, nuestras manos y nuestros pies para lograr, siempre con su gracia, una *Iglesia unida en la esperanza, guiada por el Espíritu*.

La misión que el Señor nos ha encomendado *en el hoy* y *en el aquí* en que nos encontramos ciertamente no es fácil. Las dificultades no faltan dentro y fuera de nosotros, motivadas en numerosas ocasiones por una gran indiferencia. Entre nosotros seguramente que no faltan *profetas de desventuras* que caminan entristecidos por las "heridas que afligen a la Iglesia" (cf. Jr 8, 21; 20, 14-19), y, añorando tiempos pasados, afirman, refiriéndose a ella, y tal vez a nuestra misma Archidiócesis: "se ha ido toda su hermosura" (Lm 1, 6), y que no dejan de anunciar: "ha llegado el fin" (Ez, 7, 1ss). En situaciones así a nosotros se nos pide permanecer despiertos y vigilantes para no ceder ante la tentación del desánimo; más

¹¹ SANTA CLARA, II Carta a Inés de Praga, 12.

bien nos toca revestirnos de Jesucristo y llevar las armas de la luz donde reinan las tinieblas (cf. *Rom* 13, 11-14).

No engordemos las filas de esos profetas de desventuras. A estos y a mí mismo el Señor nos dice por el profeta Isaías: "No temas, que yo estoy contigo" (*Is* 41, 10); y por el salmista nos recuerda que Él es nuestro pastor y que, aunque caminemos por cañadas oscuras, Él va con nosotros y, por lo tanto, nada hemos de temer (cf. *Sal* 23).

En este nuevo curso, el Señor nos invita, como a Pedro, a *remar mar adentro y echar de nuevo las redes* (cf. *Lc* 5, 1ss). Jesús nos invita de nuevo –a cada bautizado de esta comunidad diocesana, a cada arciprestazgo, a cada parroquia, a cada comunidad–, igual que a orillas del lago de Genesaret, a confiar más en su palabra que en nuestra fuerzas y saberes. Echar las redes significa salir de la comodidad, acercarse a los que están lejos y anunciarles, también a ellos, la alegría de Cristo que llena el corazón. La pesca abundante nos recuerda que el fruto de nuestros esfuerzos, de nuestra misión, es un don de Dios. A nosotros nos toca escuchar la voz de Jesús –*echa las redes*–, nos toca remar juntos y no dejar de echar las redes, aunque nos parezca que el tiempo no es el más oportuno. A nosotros nos toca sembrar, a otro le tocará hacer crecer la semilla: "Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento" (*1Cor* 3, 6-7). En cuanto sembradores hemos de hacer nuestra parte, pero el crecimiento de la misión tiene

su propio dinamismo que remite a la acción de Dios (cf. *Mc* 4, 26-29).

Por su parte, hemos de subrayar que el episodio de la tempestad calmada es uno de los pasajes más elocuentes para nuestro tiempo (cf. *Mt* 8, 23-27; *Mc* 4, 35-41; *Lc* 8, 22-25). También nosotros, como los discípulos, podemos tener la impresión de navegar en una barca sacudida por el viento y las olas: la Iglesia. Las tormentas personales como el desánimo y la soledad, la crisis de fe o la presencia de signos de muerte en nosotros mismos y en nuestra sociedad, y en la misma Iglesia, nos podrían llevar a pensar que estamos pereciendo y que a nadie, ni siquiera al Señor, le importamos.

Si esa fuera nuestra situación existencial, el Señor nos invita a no temer, pues, aunque parezca dormido, Él sigue estando ahí: en la barca de nuestras vidas, en la barca de la sociedad, en la barca de la Iglesia. No interpretemos las tormentas que podamos estar atravesando como un signo de su ausencia. Este texto, como otros muchos que se podrían citar, ha de sostenernos cuando cualquier esfuerzo o cualquier tentativa de anunciar el Evangelio parezca inútil. A la vez nos recuerda que la esperanza cristiana no se basa en que desaparezcan las dificultades y los problemas, sino en la certeza de que Dios permanece fiel y camina con nosotros, incluso cuando atravesamos valles oscuros (cf. *Sal* 23, 4).

Animado por la confianza en que hay muchos que están dispuestos a trabajar

en esta parcela de la viña del Señor que peregrina en esta tierra extremeña, entregándose sin reserva alguna, os invito, queridos hermanos y hermanas, a no desfallecer "pues si no desfallecemos, cosecharemos a su debido tiempo" (2Cor 4, 1); os invito a caminar *juntos en la esperanza, guiados por el Espíritu*; os invito a poner *manos a la obra*, pues, como Pablo, también nosotros podemos decir: "Sé de quién me he fiado" (2Tim 1, 12), y "todo lo puedo en aquel que me da la fuerza" (Fil 4, 13). Haciendo mía la exhortación de Pablo a los Efesios, "os pido que no desfallezcáis a causa de las tribulaciones" o dificultades (cf. Ef. 3 13). Lo que os digo a vosotros, me lo digo a mí mismo.

Abramos los ojos del corazón y veremos que, aunque no sea la estación propicia, los campos ya están prontos para la siega: "Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega" (Jn 4, 35). Levantemos nuestra mirada, nuestra mirada a Cristo y a éste, crucificado. Alcemos la mirada, como proclamábamos en la reciente visita del papa León XIV a España, para ver a Jesús más allá de los obstáculos, para contemplar a la Iglesia como madre y maestra y para observar la realidad de nuestro mundo en el que habita Dios y necesita de nuestro compromiso. No seamos víctimas de un realismo asfixiante. *Manos a la obra* pues ante los desafíos que nos lanza hoy la sociedad y la misma Iglesia en el campo de la evangelización.

Unidos en la esperanza, guiados por el Espíritu. Éste es el título que he escogido para esta carta, porque quiero que sea el espíritu con el que continuar caminando para llevar a cabo nuestro Plan Pastoral Diocesano.

III. EL PLAN PASTORAL DIOCESANO

"Alegraos con la esperanza" (Rom 12, 12)

El PPD, que todos juntos, fruto de un camino sinodal, nos hemos regalado, tiene como objetivo general:

"seguir impulsando la evangelización desde la centralidad de Cristo y la dimensión vocacional de cada miembro de la Iglesia para tener en el mundo una presencia más misionera y servicial".

Dicho PPD nos propone tres encuentros que marcarán nuestro camino de fe y nuestra misión evangelizadora en los próximos tres años: encuentro con Cristo, encuentro con mi vocación, encuentro con los demás. Un camino que marca el ciclo completo de la vida cristiana y, por lo tanto, de la evangelización: *recibir* (encuentro con Cristo), *interiorizar* (la vocación en la Iglesia), *entregar* (evangelización). Estos encuentros se concretizan en tres ejes que son los que darán consistencia al PPD: Cristo, Iglesia y mundo. Queremos y necesitamos construir una Iglesia particular en comunión, centrada en Cristo Jesús, servidora del Evangelio para los hombres. El camino que se nos propone deberá seguir marcado por la sinodalidad.



1. El Plan Pastoral Diocesano para este curso

El objetivo principal marcado en el PPD para este curso (2026-2027) es el encuentro con Cristo. El corazón de la misión que nos ha sido confiada –anunciar la Buena Noticia a todos los hombres y mujeres– es el encuentro personal con Cristo. Todo proyecto pastoral arranca del encuentro personal y comunitario con Él. Sin esa relación viva de todos los agentes de la pastoral con Cristo, ésta se queda en pura técnica, estrategia o programa, y lo peor: podría convertirse en mera ideología que mutilase el corazón del Evangelio y lo convirtiese “en un partido político, una ideología, un club de personas”¹².

“El Evangelio no es una ideología, sino un anuncio que toca el corazón y lo transforma”¹³. Solo desde el encuentro con Cristo, el Evangelio cobra fuerza evangelizadora y dinamizadora. Sin embargo, cuando la fe se deja atrapar por planteamientos ideológicos, el Evangelio pierde su libertad y su fuerza renovadora. Del mismo modo, cuando en la evangelización se destacan algunos aspectos y se olvidan otros, el mensaje corre el riesgo de aparecer mutilado, porque se oscurece el núcleo esencial del Evangelio, que le otorga sentido, hermosura y atractivo¹⁴.

Por eso la misión de la Iglesia tiene como finalidad conducir a todos a un encuentro

¹² FRANCISCO, *Audiencia general* del 22 de febrero de 2023.

¹³ *Idem*.

¹⁴ Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 34.

vivo con Jesucristo, centro y corazón del Evangelio, del que brotan la verdad, la caridad y la esperanza. Del encuentro con Cristo brotan la oración, la escucha atenta de la Palabra, la fidelidad a los sacramentos y el deseo de compartir con los otros lo que se ha recibido. Como recordaba Benedicto XVI, “nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con Él”¹⁵, hasta el punto de favorecer el encuentro con Cristo de los destinatarios de nuestra misión.

La misión evangelizadora arranca de esa experiencia de habernos encontrado con Jesús. Quien ha realizado ese encuentro no puede guardar para sí el don recibido, sino que siente la alegría y la responsabilidad de compartirlo con los demás¹⁶. Solo discípulos que viven una honda amistad con el Señor podrán ser misioneros creíbles. No transmitimos simplemente una enseñanza, sino la alegría de haber encontrado al Señor, de haber sido alcanzados por Cristo y de caminar cada día con Él. Sin esa experiencia de haberse encontrado con el Señor la misión evangelizadora se vacía. Pero con ella, hasta la persona más sencilla se convierte en testigo creíble. Esto implica, en bella expresión de Santa Clara, “mirarse al Espejo, que es Cristo mismo, para convertirse en espejo para los demás”¹⁷.

En el contexto actual, con sus desafíos

¹⁵ BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 84.

¹⁶ Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 8.

¹⁷ SANTA CLARA, *IV Carta* a Inés de Praga, 15.

y sus heridas, este encuentro se vuelve testimonio encarnado, cercano, compasivo. La mirada al Espejo nunca es un ejercicio de introspección vacía, sino una configuración con Él, que se traduce en misión.

Una Iglesia que cultive ese encuentro se convierte en signo creíble: comunidades donde se cuida la oración, se comparten los carismas y todos los bautizados (laicos, consagrados, diáconos y presbíteros) asumen su misión según la vocación a la que han sido llamados, en clave de comunión. Una Iglesia que cultive el encuentro con Jesús será una *Iglesia en salida*, una Iglesia capaz de soñar juntos, una Iglesia capaz de anunciar la vida transformada por el Señor, una Iglesia capacitada para hacer memoria grata del pasado, afrontar el futuro con esperanza, viviendo el presente con pasión¹⁸. Esta invitación que nos viene de la mano del papa Juan Pablo II se traduce en *remar mar adentro*: agradecer lo recibido, asumir con energía la misión hoy y abrirnos confiados al mañana.

En definitiva: el encuentro con el Señor es lo que hace que uno se haga cristiano, pues, como afirmaba el papa Benedicto XVI en su primera encíclica, *Deus caritas est*, nadie se hace cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con una persona, la persona de Jesús¹⁹.

Queridos hermanos y hermanas (ministros ordenados, consagrados y laicos), que toda nuestra programación pastoral, nuestras

¹⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 1.

¹⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

comunidades y nuestras iniciativas tengan siempre este fundamento: fortalecer en nosotros el encuentro con Jesús y ayudar a cada persona a encontrarse con Él, porque solo Él puede transformar el corazón humano y hacer fecunda nuestra tarea evangelizadora.

2. Llamados a ser discípulos

Por vocación, todos los bautizados somos discípulos y misioneros. El bautismo no es solo un rito de entrada en la Iglesia, sino el inicio de un camino. Los cristianos somos "los del camino" (*Hch* 9, 2). Jesús nos llama primero a estar con Él, a ser sus discípulos: "los llamó para que estuvieran con Él". Pero ese discipulado siempre conduce a la misión: "... y para enviarlos a predicar" (*Mc* 3, 14). El cristiano es misionero, como muchas veces recordó el papa Francisco, en la medida en que se encuentra con Cristo. El encuentro con Jesús nos transforma inmediatamente en misioneros. Nuestro compromiso misionero marca el nivel de nuestro encuentro con Jesús.

El bautismo nos injerta en Cristo. Eso significa que su manera de vivir, de amar, de compadecerse se vuelve nuestro horizonte. Desde ahí, ser discípulo es aprender, día a día, su estilo, dejar que su Palabra interpele nuestras prioridades. El discípulo no se queda solo en oír; se deja transformar, se deja "conquistar" por Él, como Pablo, según él mismo confiesa: "... habiendo sido yo mismo conquistado por Cristo" (*Fil* 3, 12). Ni Pablo ni el misionero pierden su personalidad, sino que su vida queda transformada por la presencia de Cristo. Quedan así sentadas las bases del discípulo/misionero: primero Cristo toma la iniciativa y conquista el corazón del discípulo, luego el discípulo se transforma en misionero.

De la transformación obrada en la persona del discípulo brota naturalmente la misión, porque nadie guarda para sí un tesoro. Se comparte, como hizo la mujer que encuentra una moneda. Una vez que la encuentra va, convoca a las vecinas y amigas y les dice: "Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda perdida" (Lc 15, 8-10). Jesús es el verdadero tesoro. Quien lo encuentra no puede tenerlo para sí; lo comparte.

Es el ejemplo que nos deja María. Tras recibir el anuncio del ángel y haber concebido al Hijo de Dios, ¿qué es lo que hace? Se pone en camino para compartir lo que el Señor había hecho en ella. Su primer gesto, después de haber concebido al Verbo en su seno, es hacer memoria delante de su prima del obrar de Dios, de la fidelidad de Dios en su vida, en la historia de su pueblo, en nuestra historia: "Proclama mi alma la grandeza del Señor... porque ha mirado la humillación de su esclava... su misericordia llega a sus fieles de generación en generación" (Lc 1, 46. 48. 50).

Nuestras comunidades están llamadas a una fe activa, que escucha la Palabra, cultiva la oración y sale al encuentro con los demás, compartiendo con su palabra y su testimonio el don de la fe que ha recibido: con humildad, alegría y esperanza. De eso nos alegramos y damos gracias a Dios.

Parafraseando unas palabras del papa Francisco dichas a los catequistas²⁰, bien

²⁰ Cf. FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Catequesis* (Vaticano, 29 de septiembre de 2024).

podemos decir que el corazón del cristiano vive siempre este movimiento de "sístole" y "diástole": unión con Jesús y encuentro con los demás para anunciar su encuentro con Jesús. Si falta uno de estos movimientos el corazón ya no late, ya no puede vivir. El bautizado recibe el don del *kerigma* y a su vez lo ofrece como don. "El amor de Cristo nos apremia", nos posee, dice San Pablo (2Cor 5, 14).

Así es el amor de Cristo: nos atrae y nos envía, nos atrapa, nos "conquista" y nos entrega a los demás. Cristo nos conquista para enviarnos. El discípulo no es, ante todo, alguien que ha elegido a Cristo, sino alguien que ha sido alcanzado, conquistado y transformado por Él y, por eso, siente la urgencia de anunciar el Evangelio, como ya anunciara el apóstol de los gentiles: "ay de mí si no evangelizara" (1Cor 9, 16). Ningún bautizado puede excluirse ni ser excluido de la responsabilidad de anunciar el Evangelio.



3. Llamados a ser misioneros: comprometernos en el anuncio del Evangelio

La misión es consecuencia natural del encuentro con Cristo, hemos dicho. No hay vocación sin una misión, como no hay llamada a estar con Él sin ser envidos. Ese encuentro que nos hace decir, con San Pablo, que "ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (*Gal 2, 20*).

Con el *PPD* recién estrenado, este nuevo curso nos trae dos campos prioritarios en los que todos estamos llamados a comprometernos: la apuesta por el primer anuncio y la iniciación cristiana y el domingo como día del Señor. Esto sin olvidar otras dimensiones importantes de la vida diocesana como puede ser la pastoral juvenil y vocacional, la "evangelización" de la piedad popular, de la que es tan rica nuestra Iglesia, la formación del presbiterio, la pastoral rural...

Con estos dos campos, que hemos llamado "nudos", quiere darse cumplimiento a la preocupación principal de la que venimos hablando: el encuentro con Jesucristo. Por medio de ellos centramos la atención de toda nuestra Iglesia en lo esencial e intensificamos la intención de hacer partícipes de ese encuentro a otros quienes ya hemos tenido la suerte de disfrutar de Él. El primer anuncio a los no creyentes, o a aquellos que dejaron de vivir con ilusión su fe, es una apuesta por el *kerigma* de la resurrección de Jesús y cómo él transforma la vida de los primeros discípulos.

La preocupación por la iniciación cristiana es una manera de querer prestar atención especial a todo el proceso personal que vive la persona cuando se encuentra con Cristo por primera vez y quiere convertirse en seguidor suyo. Las dimensiones catequética, celebrativa, experiencial y comunitaria, así como la misionera y la caritativa, son esenciales en esa iniciación. El presente curso puede ser una buena ocasión para que todos podamos profundizar en ellas, tanto los que ya hemos hecho de la fe el sentido de nuestras vidas como los que están por iniciarse en ella o han comenzado ya su proceso de formación.

La intención de destacar la importancia del domingo como día del Señor y de vivencia comunitaria de la fe responde también a la misma preocupación anterior. La experiencia de los primeros cristianos (cf. *Hch* 20, 7; *1Cor* 16, 2), que después ha sido transmitida a lo largo de la tradición de la Iglesia, nos habla del valor del *Dies Domini* como momento para actualizar de manera singular el significado de la resurrección para los creyentes. Reunirnos a celebrar juntos la presencia de Cristo vivo es una manera de resaltar la dimensión comunitaria que comporta la fe. Por eso, os invito, queridos miembros de nuestra amada comunidad diocesana, a que profundicemos en el sentido del domingo para nuestra fe y fortalezcamos los vínculos comunitarios que nos unen y nos empujan a la misión compartida.

Más allá de todas las tareas que nos ocuparán durante este nuevo curso está la necesidad de cultivar nuestra amistad con el Señor y secundar los soplos del Espíritu que, como el viento, sopla donde quiere y como quiere (cf. *Jn* 3, 8). No olvidemos que el tema central del PPD para este año es el encuentro con Jesucristo y que las acciones que se puedan emprender tienen que servir a dicho fin.

3.1. Primer anuncio

El primer anuncio constituye el corazón de la evangelización, ya que es el anuncio explícito de Jesucristo, fundamento de toda acción evangelizadora. Sin ese anuncio no hay verdadera evangelización, como ya nos recordó Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*²¹. Por eso toda renovación pastoral será fecunda en la medida en que vuelva, una y otra vez, a ese centro, anunciando con alegría que Cristo vive, que nos ama y que camina con nosotros hoy.

El primer anuncio no consiste en enseñar una doctrina abstracta. No es una doctrina, sino el anuncio gozoso de una persona, Jesucristo, muerto y resucitado, que nos ama, nos perdona, camina con nosotros y nos ofrece la vida nueva (cf. *1Cor* 15, 3-4). El primer anuncio es anunciar el *kerigma* que el papa Francisco resume en estas sencillas palabras: "Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte"²².

²¹ PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 22.

²² FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 164. 165.

El primer anuncio tampoco es algo que se refiera únicamente a los que han de ser bautizados de adultos. Es un anuncio que ha de hacerse a todos, también a los bautizados, pues lo que busca es despertar la fe, suscitar el encuentro personal con Cristo y, en último término, la conversión del corazón: "Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1, 15). El primer anuncio es un movimiento renovado hacia quienes han de recibir el bautismo, pero es también un movimiento hacia quienes han perdido la fe y el sentido de la vida, y es también para los que viven una fe adormecida.

El Vaticano II nos recuerda que la Iglesia es misionera por su propia naturaleza²³. Por tal motivo, el *PPD* busca con el primer anuncio renovar el impulso misionero, poniendo dicho *Plan* en el centro de su acción pastoral, para que cada persona pueda encontrarse con Cristo y descubrir la alegría del Evangelio. Nuestra pastoral, si quiere renovarse en profundidad, ha de volver a ese centro, para que, naciendo del encuentro con Cristo, surja una Iglesia en salida, alegre, cercana y misionera.

3.1.1. La catequesis

La catequesis ha de ser "mistagógica"²⁴, llevar constantemente al encuentro con la Palabra y los sacramentos. No puede ser algo meramente ocasional en vista de recibir los sacramentos de iniciación cristiana. Su finalidad no es simplemente

²³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*, 2.

²⁴ Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 166.

transmitir contenidos, que también son necesarios, sino propiciar el encuentro personal con Jesucristo, despertar la fe e iniciar un camino discipular.

Cuando la catequesis logra tener un marcado carácter kerigmático, es decir, logra anunciar a Cristo que nos ama, dio su vida por nosotros, resucitó y vive hoy para ofrecernos salvación, entonces el conocimiento de la fe, la celebración de los sacramentos, la vida moral y el compromiso misionero, cobran todo su sentido. De este modo la catequesis deja de ser una simple preparación, muchas veces vista como una obligación, y se convierte en una verdadera escuela de discípulos misioneros²⁵.

Nuestras comunidades y parroquias están llamadas a hacer de la catequesis un verdadero lugar del primer anuncio, donde cada persona pueda descubrir la alegría del Evangelio, encontrarse con Cristo y comenzar un camino que culmine en una vida plenamente integrada en una comunidad cristiana y en la misión de la Iglesia.

Desde mi experiencia, compartida seguramente por muchos de vosotros, necesitamos renovar la catequesis en nuestra Archidiócesis. La fe, como muchas veces recordó Benedicto XVI, no se trasmite por ideas o simplemente por contenidos, sino a través de un encuentro, el encuentro

²⁵ Muchos son los documentos que se podrían citar para avalar estas afirmaciones. Baste citar el *Directorio general para la catequesis* (1997), 80, o el *Directorio para la catequesis* (2020), 56-62; también *Evangelii gaudium* 164 y 265, o *Catechesi Tradendae*, 19.

con Jesucristo: "la fe nace del encuentro con Jesucristo, no de ideas abstractas. Por eso, toda acción evangelizadora de la Iglesia ha de conducir al encuentro personal con el Señor"²⁶. Y yo añadiría: la fe nace también del encuentro con una comunidad de discípulos misioneros que pone en el centro a Jesús. La fe no es fruto del proselitismo, sino de un contagio por atracción. Y lo que atrae es el testimonio de la fe, ser coherente en la propia vida.

3.1.1.1. Catequesis de adultos

Una ocasión propicia para el primer anuncio es la catequesis de adultos. Ésta no es solo formación, es también un espacio privilegiado para el *primer anuncio* y para el encuentro personal con Cristo.

Muchas personas adultas recibieron los sacramentos cuando eran niños, pero nunca profundizaron su fe. Por eso, una catequesis de adultos bien planeada no empieza por contenidos, sino por provocar un encuentro vivo con Jesucristo, que despierte la fe y que lleve a una conversión renovada. Solo después cobra su pleno sentido la doctrina, la vida sacramental, el comportamiento moral y el compromiso misionero.

Además, una Iglesia que apuesta en serio por la catequesis de adultos fortalece toda su acción evangelizadora, porque padres y madres evangelizados transmiten mejor la fe a sus hijos, los matrimonios viven con más

²⁶ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 1.

hondura su vocación y las comunidades crecen en madurez y corresponsabilidad.

Apostemos por la catequesis de adultos como un verdadero itinerario de encuentro con Cristo, del que broten nuevos discípulos misioneros, capaces de transformar su familia, su ambiente y la misma comunidad cristiana.

Como no siempre se podrá hacer a nivel parroquial, aquí tenemos un buen campo de colaboración arciprestal. Merece la pena intentarlo seriamente.

3.1.1.2. El catequista

¿Qué es un catequista? ¿Qué significa ser catequista? En palabras del papa Francisco, "el catequista es un cristiano que mantiene viva la memoria de Dios, se deja guiar por la memoria de Dios en toda su vida, y la sabe despertar en el corazón de los otros"²⁷; o también: "ser catequista requiere amor, amor cada vez más intenso a Cristo, amor a su pueblo santo"²⁸. Porque ese amor viene de Cristo, el catequista debe caminar desde Cristo, de la mano de Cristo. El verdadero catequista recibe el don de la fe y la da a los demás como don. "El catequista no es una persona que parte de sus propias ideas y gustos, sino que se deja mirar por Él"²⁹.

²⁷ FRANCISCO, *Homilía para la Jornada de los Catequistas en el Año de la Fe* (29 de septiembre de 2013).

²⁸ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre Catequesis* (Vaticano, 27 de septiembre de 2013).

²⁹ FRANCISCO, *Mensaje a los participantes en el Simposio Internacional de Catequistas* (Buenos Aires, 11-14 de julio de 2013).

El catequista pone siempre en el centro de su ministerio a Jesucristo: da testimonio de Jesús, habla de Jesús y predica a Jesús.

El catequista es pues como un *centinela* que despierta en los otros la memoria de Dios, le inflama el corazón con el deseo de conocer más y mejor al Señor para seguirlo como discípulo misionero. Y si el catequista hace memoria de Dios, el catecismo mismo no es otra cosa que la memoria de Dios, "memoria de su actuar en la historia, de su haberse hecho cercano a nosotros en Cristo, presente en su Palabra, en los sacramentos, en su Iglesia, en el amor"³⁰.

Necesitamos cuidar mucho la formación de los catequistas, para que la catequesis sea realmente un instrumento al servicio del primer anuncio. Vaya mi sincero agradecimiento a todo lo que los catequistas están haciendo, pero también aquí hemos de dar pasos hacia adelante. No podemos seguir haciendo lo de siempre. Veo con cierta urgencia crear una escuela de catequistas a nivel diocesano.

3.1.1.3. La liturgia

El Vaticano II afirma que la liturgia "es cumbre y fuente de la vida de la Iglesia"³¹. Si es fuente y culmen de la vida de la Iglesia bien podemos decir que es fuente y culmen de la misión y, por lo mismo, espacio privilegiado para el primer anuncio.

Hablando de ese espacio privilegiado para el anuncio en un contexto litúrgico,

³⁰ *Idem*.

³¹ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

pienso sobre todo en la homilía, porque forma parte de la acción litúrgica en la que Cristo mismo habla a su pueblo y vuelve a anunciar la buena noticia. La homilía no es una charla moralizante, para eso hay otras ocasiones, sino que está llamada a conducir al corazón del Evangelio, Jesucristo, muerto y resucitado que nos ama, nos perdona y nos ofrece una vida nueva. La homilía no es solo la “piedra de toque para valorar la cercanía y la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo”³², sino que está llamada a iluminar la vida a la luz de la Palabra de Dios e invitar a la conversión³³. Cuando la homilía logra eso, se convierte en un verdadero instrumento evangelizador. Cada homilía debe ofrecer a quienes la escuchan la posibilidad de encontrarse de nuevo con Jesucristo. Cuando la predicación pone en el centro el kerigma, la celebración litúrgica se convierte en un verdadero acontecimiento evangelizador y en un impulso para la conversión y la misión³⁴.

En este contexto pienso particularmente en los sacerdotes y diáconos, a los cuales compete pronunciar la homilía³⁵. Preparemos bien nuestras homilías. Aprovechemos las celebraciones litúrgicas

³² FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 135.

³³ Cf. *Idem.*, 135-144.

³⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 52.

³⁵ Esta reserva de la homilía al obispo, al sacerdote o al diácono aparece claramente en varios documentos eclesiales, entre los que cabe citar, además del CIC, en el c. 767 & 1, la Instrucción *Redemptionis Sacramentum*, 65-66 y 161, así como la *Ordenación General del Misal Romano* y el *Directorio homilético*, 5, de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (29 de junio de 2014).

para anunciar el *kerigma*, especialmente en el momento de la homilía. Que ésta no se reduzca simplemente a algo moral; que sirva de anuncio y una invitación a vivir la fe con el gozo de sentirnos pensados, amados y llamados por el Señor.

3.1.1.4. Los sacramentos

Los sacramentos son otros medios privilegiados que la Iglesia pone a nuestra disposición para el primer anuncio. Los sacramentos no son solo una meta, sino también ámbitos para el primer anuncio. Cuántas personas que quizá están alejados de la vida de la Iglesia se acercan a pedir el bautismo para sus hijos, la celebración de la primera comunión o la confirmación, también el matrimonio o un funeral cristiano. Los sacramentos no deberían vivirse solo como un trámite, sino como una oportunidad misionera para anunciar con sencillez y alegría el amor del Dios revelado en Jesucristo.

Por otra parte, *la celebración litúrgica* de los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo, eucaristía y confirmación) están llamados también a ser espacios de primer anuncio, pues, como recordaba el Vaticano II, los sacramentos tienen un gran valor pedagógico y santificador³⁶.

El *bautismo* es una ocasión única para anunciar a los padres y familia del bautizando la belleza del amor de Dios que llama a sus hijos a una vida nueva. En la *catequesis de la primera comunión* no solo

³⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

deben transmitirse contenidos, sino que hay que hacer una invitación a descubrir a Jesús vivo que quiere ser amigo de todos. Y en *la confirmación* se ha de ayudar a que los jóvenes se adhieran libremente a Cristo y reciban la fuerza del Espíritu para ser testigos y misioneros.

También la celebración de la eucaristía en otras ocasiones se convierte en una oportunidad privilegiada para llevar a cabo un anuncio kerigmático. La *eucaristía* dominical es, sin duda, de manera especial, la primera de ellas, por ser el corazón de la vida cristiana. En cada celebración eucarística, Cristo mismo se hace presente, nos habla al proclamar la Palabra, se nos da en el Pan de vida y nos envía como testigos. Es anuncio vivo de que Jesús ha muerto y resucitado por nosotros, que vive entre nosotros y nos llama a la comunión con Él y a ser misioneros.

Por este motivo, nuestras celebraciones eucarísticas, con más razón que otras, han de cuidar la acogida, la belleza de la celebración, la calidad de la predicación y el testimonio de la comunidad, para que todos, incluso quienes participan ocasionalmente en ellas, puedan sentir la alegría del encuentro con el Señor y gustar el gozo del Evangelio.

Invito a los presbíteros y diáconos a preparar bien la celebración eucarística, sabiendo que ella es de por sí un momento propicio para la evangelización y el primer anuncio. No dejen de hacerlo acompañados de los laicos que, partiendo de la reflexión

de los textos bíblicos que se proclaman y ahondando en los signos que se realizan, quieren ayudar al resto de la comunidad a que vivan más profundamente la celebración litúrgica. Animo a que sigan potenciándose los grupos parroquiales de liturgia, creándolos donde aún no existen.

Agradezco a los sacerdotes todos los sacrificios que comporta a veces atender a diversas comunidades, particularmente a las más pequeñas y a las situadas en zonas rurales, de forma que ninguna de ellas se quede sin celebrar la eucaristía con dignidad. Eso mismo nos lleva, dada la escasez de sacerdotes que ya estamos sufriendo en nuestra Archidiócesis, a intensificar la oración por las vocaciones sacerdotales, ya que sin el sacerdocio ordenado no hay eucaristía y sin eucaristía no hay Iglesia.

También la celebración del *matrimonio* puede ser un momento importante para realizar el primer anuncio, porque en la mayoría de las ocasiones reúne a muchas personas que con frecuencia no están muy vinculadas a la vida de la Iglesia. La boda misma comunica que el amor fiel es posible en Cristo, ya que no en vano remite al amor de Cristo por su Iglesia (cf. *Ef* 5, 31-32).

Quienes actúan como testigos privilegiados del matrimonio en nombre de la Iglesia, sacerdotes y diáconos, deberán anunciar a Jesús como Aquel que camina con los esposos y sostiene su alianza cada día. En la homilía conviene más invitar a vivir el amor conyugal como expresión del

que une a Cristo con la Iglesia que exigir, presentar la belleza de Cristo y su Evangelio antes que hacer un discurso moralizante³⁷.

Por otra parte los sacerdotes han de acompañar a las familias en situaciones irregulares, según las indicaciones de *Amoris Laetitia* y las dadas por nuestra Archidiócesis³⁸.

Y qué decir del sacramento de la *reconciliación*. Éste es el encuentro personal con la misericordia del Señor³⁹. Es también este sacramento un lugar privilegiado para el primer anuncio, porque en él cada persona experimenta de modo concreto la buena noticia de que Dios no se cansa de perdonar, sino que sale al encuentro del pecador para ofrecerle nueva vida.

En referencia al sacramento de la reconciliación hemos de dedicarle tiempo. Los fieles lo necesitan y lo están pidiendo. ¡Qué hermoso es para un sacerdote ser instrumento del perdón de Dios! ¡Qué belleza y que responsabilidad!: "a quien perdonares los pecados le serán perdonados y a quien se los retengas, le quedan retenidos" (Jn 20, 23-25). Además de acercarnos nosotros mismos a este sacramento, dediquémosle tiempo, queridos sacerdotes, a celebrar el sacramento del perdón y no hagamos de inquisidores, ni hurguemos en el pecado del otro: "no juzguéis y no seréis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis seréis

³⁷ Cf. FRANCISCO, *Amoris Laetitia*, 58 y 200.

³⁸ Cf. *Idem*, n. 8. *Decreto con el que se nombra a un equipo de acompañamiento de familias en situaciones irregulares*.

³⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Reconciliatio et Poenitentia*, 31.

juzgados" (Mt 7, 2). Estoy convencido de que, en esto, como en otros muchos aspectos de nuestra vida, es mejor pecar de humanidad que de rigorismo.

Finalmente, una referencia a los *funerales* como lugar propicio para el primer anuncio. En una celebración de exequias el primer anuncio no se hace tanto con muchas palabras cuanto mostrando con sencillez y hondura que Cristo ha vencido a la muerte y ofrece vida eterna. En dicha celebración, los signos y la homilía tienen mucha importancia. Los signos litúrgicos han de hablar de luz y de resurrección, no solo de pérdida. La homilía ha de ser breve, que hable con respeto del dolor, reconozca la esperanza y proclame que la muerte no tiene la última palabra, que hemos sido creados para la vida. También se ha de cuidar mucho la acogida, mostrando una comunidad acogedora y cercana, una comunidad que acompaña el luto.

Cuidemos la celebración de las exequias. Puede que sean lugares privilegiados para tocar el corazón, incluso el de los alejados de la práctica religiosa y de la fe. No seamos enterradores, sino anunciadores de vida, donde todo invita a proclamar la victoria de la vida sobre la muerte.

Cuando las personas perciben una fe serena, escuchan palabras verdaderas e intuyen una presencia gratuita entienden que la Iglesia cree de verdad en la resurrección y que esa esperanza puede sostener también a ellos. Así, incluso en el momento del *adiós*, se abre una puerta

para anunciar, con humildad y verdad, que Jesucristo es el Señor de la vida y de la muerte, se abre la puerta para el primer anuncio.

La muerte de un ser querido es un momento que toca profundamente a la familia. Desde el dolor que dicha pérdida supone, hemos de anunciar que Cristo vive y, porque Cristo vive, que también nosotros estamos llamados a vivir con Él. No hagamos de los funerales ritos tristes u ocasiones para hacer un simple panegírico del difunto. Hagamos de este momento una ocasión propicia para anunciar a Cristo Resucitado.

De este modo, cuando el primer anuncio ocupa el centro de toda celebración litúrgica, los sacramentos dejan de ser un rito social para convertirse en un verdadero encuentro con Jesucristo que transforma la vida y genera discípulos misioneros. Y esto es lo que enriquece a la comunidad orante, acogedora y cercana que acompaña cada paso con el testimonio y la oración.

3.2 El domingo

El domingo ocupa un lugar central en la vida de la Iglesia y es uno de los ámbitos más importantes para la evangelización y el primer anuncio, pues, como afirma el Vaticano II, "según la tradición apostólica la Iglesia celebra el misterio pascual cada ocho días, el día del Señor"⁴⁰, y por ello, "la celebración dominical está en el centro de la vida de la Iglesia", como afirma Juan Pablo

⁴⁰ VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 106.

II⁴¹. En el domingo, la comunidad cristiana, convocada por el Resucitado, se reúne para escuchar la Palabra, celebrar la Eucaristía y renovar la alegría de la fe.

En cada domingo vuelve a resonar con fuerza el anuncio fundamental, el que da sentido a nuestra fe: Jesucristo ha muerto y ha resucitado por nuestra salvación. Por eso, la celebración dominical no es solo cumplir un precepto, sino el encuentro vivo con Cristo, que transforma el corazón y envía a anunciar el Evangelio.

Por otra parte, la asamblea dominical hace visible a la Iglesia como comunidad de discípulos misioneros: la Palabra ilumina la vida, la homilía ayuda a reconocer al Señor en la historia y la Eucaristía alimenta la comunión con Dios y entre los hermanos. La Eucaristía hace visible una comunidad viva que celebra con fe, acoge con cercanía y vive la caridad. De este modo la Eucaristía dominical se convierte en icono, signo elocuente del Evangelio.

Además, el domingo ofrece una oportunidad para el primer anuncio, pues muchas personas se acercan a la Eucaristía solo los domingos. Pero para que la celebración dominical sea un verdadero primer anuncio, un camino a un encuentro personal y comunitario real con Jesucristo, es necesario cuidar mucho la celebración en todos sus detalles: la calidad y calidez de la acogida, la claridad del anuncio, la belleza de la liturgia y de los cantos...

⁴¹ JUAN PABLO II, *Dies Domini*, 31.

Cuidemos, queridos sacerdotes y diáconos, todos estos detalles, particularmente la homilía. Cuidar la celebración dominical es cuidar el primer anuncio, es apostar por la evangelización. Cuidar la celebración eucarística, también en los días entre semana, es cuidar y fomentar el dinamismo misionero de la Iglesia, pues de la Eucaristía nace una comunidad que sale al encuentro del mundo para llevar esperanza, servir a los más necesitados y dar testimonio de la alegría del Evangelio. El domingo no cierra la misión: inaugura una nueva semana vivida como anuncio y compromiso evangelizador.



4. En camino con María

Santa María,
Madre del Redentor, Madre de la Iglesia y
Estrella de la evangelización,
puerta siempre abierta para nosotros:
Tú que acogiste con fe la Palabra del Señor
y la ofreciste al mundo en tu Hijo
Jesucristo,
enséñanos a llevar a Jesús a los hombres
y mujeres de hoy.

Tú fuiste la primera discípula y la primera
evangelizadora,
llevando con alegría la Buena Noticia hasta
la casa de Isabel, tu prima,
y supiste permanecer fiel junto a la cruz y
en el nacimiento de la Iglesia:
mira con amor a esta Iglesia particular que
peregrina en Mérida-Badajoz.

Acompaña su camino pastoral y haz de
todos nosotros,
sacerdotes, diáconos, consagrados y fieles
laicos,
auténticos discípulos misioneros.

Enséñanos, Madre, a anunciar a Cristo con
la sencillez de tu fe,
la alegría de tu esperanza y la fuerza de tu
caridad.

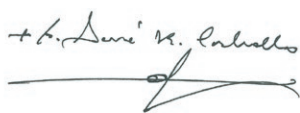
Que nunca nos cansemos de sembrar el
Evangelio,
convencidos de que tu Hijo sigue
caminando con nosotros
y haciendo nuevas todas las cosas.

Madre de los evangelizadores:
sostén nuestra misión.

Estrella de la evangelización:
guíanos al encuentro de tu Hijo,
para que todos puedan encontrarse con
Él, creer en su Evangelio
y participar de la alegría de su Reino.
Fiat, fiat, amen, amen.

Vuestro hermano y pastor que quiere ser
vuestro amigo

Badajoz, 8 de septiembre, Natividad de
Nuestra Señora, 2026



✠ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz

Abreviaturas

1P	Primera carta de San Pedro
Ef	Carta a los Efesios
Rom	Carta a los Romanos
Fil	Carta a los Filipenses
Sant	Carta de Santiago
Lc	Evangelio según San Lucas
Mt	Evangelio según San Mateo
Mc	Evangelio según San Marcos
Jn	Evangelio según San Juan
Is	Libro de Isaías
Jr	Libro de Jeremías
1R	Primer libro de los Reyes
Ez	Libro de Ezequiel
Ap	Libro del Apocalipsis
2Cor	Segunda carta a los Corintios
1Cor	Primera carta a los Corintios
2Tim	Segunda carta a Timoteo
Sal	Libro de los Salmos
Ag	Libro del profeta Ageo
Lm	Libro de las Lamentaciones
Hch	Hechos de los Apóstoles
Gal	Carta a los Gálatas

Como el sol ilumina y rompe la oscuridad del océano,
así nosotros, discípulos y misioneros, estamos llamados
a iluminar y romper las tinieblas del corazón
de nuestros contemporáneos con la luz del Evangelio.

✠ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz



